

Preste atención, señor presidente

El presidente del Gobierno inaugura hoy la nueva terminal del aeropuerto de El Prat, infraestructura de gran importancia estratégica para Catalunya (y para toda España), cuya ejecución figuró en el catálogo de los ya lejanos pactos del hotel Majestic entre el Partido Popular y Convergència i Unió. Al respecto, sería necio caer hoy en una pugna partidista de bajo vuelo. CiU supo pactar con José María Aznar cuando este necesitaba su apoyo, y a los socialistas catalanes les cabe el mérito de haber promovido desde el Ayuntamiento de Barcelona el primer gran debate sobre capitalidad aérea, al calor de los Juegos Olímpicos de 1992. Bienvenido, por tanto, señor presidente.

Nos llama la atención, sin embargo, que sus viajes a Catalunya se hayan reducido últimamente a los actos institucionales más imprescindibles (como el de hoy) y a las preceptivas ceremonias de partido. La facilidad con la que José Luis Rodríguez Zapatero viajaba a Barcelona en los primeros compases de la anterior legislatura se ha constreñido notoriamente. Acaso el jefe del Ejecutivo ha llegado a la conclusión de que su presencia en Catalunya debe dosificarse, en prudentes dosis homeopáticas, para no alterar los humores de aquella España obtusa y granítica que Dionisio Ridruejo, inspirado en Antonio Machado, definió como el *macizo de la raza*. Acaso el presidente Zapatero haya llegado a la conclusión de que la cuestión catalana es un poco más compleja de lo que presumía en el 2003, cuando prometió respaldar la reforma del Estatut que aprobase el Parlament. Acaso la Moncloa haya tomado conciencia del difuso mal humor catalán ante las promesas aplazadas e incumplidas, estado de ánimo perfectamente certificado por el 63% de abstención en las recientes elecciones europeas.

Señor presidente, el electorado catalán le ofreció en el 2004 y el 2008 un margen de confianza decisivo para la configuración de sus dos mayorías parlamentarias. Es más, la gobernación socialista ha encontrado en Catalunya su principal puntal entre las clases medias urbanas. El atlas político español es muy explícito al respecto. Es bien sabido que el PSOE está teniendo serios problemas de conexión sociológica en Madrid y la Comunidad Valenciana y que no se halla en su fase

más pujante en los principales núcleos urbanos de Andalucía. En tales circunstancias, resulta tremendamente paradójico que el partido gobernante observe muchos días con pavor el supuesto coste político de los compromisos adquiridos en Catalunya.

Hay graves retrasos y asuntos mal enfocados, señor presidente. La financiación de la Generalitat es el más serio de todos. La sociedad catalana vio en el nuevo Estatut el instrumento adecuado para solventar un déficit estructural hoy ampliamente reconocido. Catalunya aporta, noblemente, sus esfuerzos a la caja común y demasiadas veces la respuesta que recibe de significados sectores de la sociedad española es el recelo y el desdén. La reforma estatutaria –apoyada activamente por nuestro diario– pretende crear una nueva objetividad mediante la reformulación de las relaciones Generalitat-Estado y la definición de un umbral de inversiones y recursos, tomando como lejana referencia los mecanismos hoy vigentes en la Alemania federal. La solidaridad no puede ser una rémora para el dinamismo.

Hemos asistido, señor presidente, a un driblaje continuo desde que las Cortes aprobaron el Estatut en el 2007. Es verdad que la crisis económica no admite alegrías presupuestarias y que el Tribunal Constitucional necesita su tiempo para la más difícil de sus deliberaciones, pero las fintas y los regateos del último año son poco admisibles. Las cifras adelantadas por la vicepresidenta económica Elena Salgado –9.000 millones adicionales para todo el sistema autonómico– no son de recibo. La coalición gobernante y CiU coinciden en señalar que la cifra mínima adecuada, para no provocar una insostenible dinámica de agravios entre las comunidades, sería de 12.000 millones de euros.

Por el bien de España, Catalunya ha de poder respirar en términos económicos, políticos y psicológicos. El voto catalán, señor presidente, no es un seguro a todo riesgo, como ha quedado perfectamente demostrado en los recientes comicios del 7-J. Catalunya es paciente, pragmática y no muy dada a los extremismos –también densa y contradictoria, como toda sociedad madura–, pero todo tiene un límite. ¿Cuál es hoy el deseo que firmaría un gran número de ciudadanos de Catalunya? Nos atrevemos a resumirlo, señor presidente: no más táctica, no más táctica. No más driblaje.